



## EL FINAL DE UNA ERA

José L. Alonso y Juan M. Peña

*Fue el último de los grandes navíos de combate hasta la llegada de la energía nuclear.  
Fue el poseedor de la mayor artillería que haya surcado los mares.  
Fue el Goliat de la Armada Imperial japonesa.  
Fue el Yamato.*

*El Doctor José Luis Alonso es médico y conferencista.  
El Doctor Juan Manuel Peña es contador público.*

*Ambos son Magister en Historia de la Guerra y han escrito artículos de investigación histórica en publicaciones nacionales y del exterior.  
Han realizado en coautoría el libro La Guerra Civil y sus Banderas 1936-1939, Editorial Aguilar, Madrid, España, 2004.*

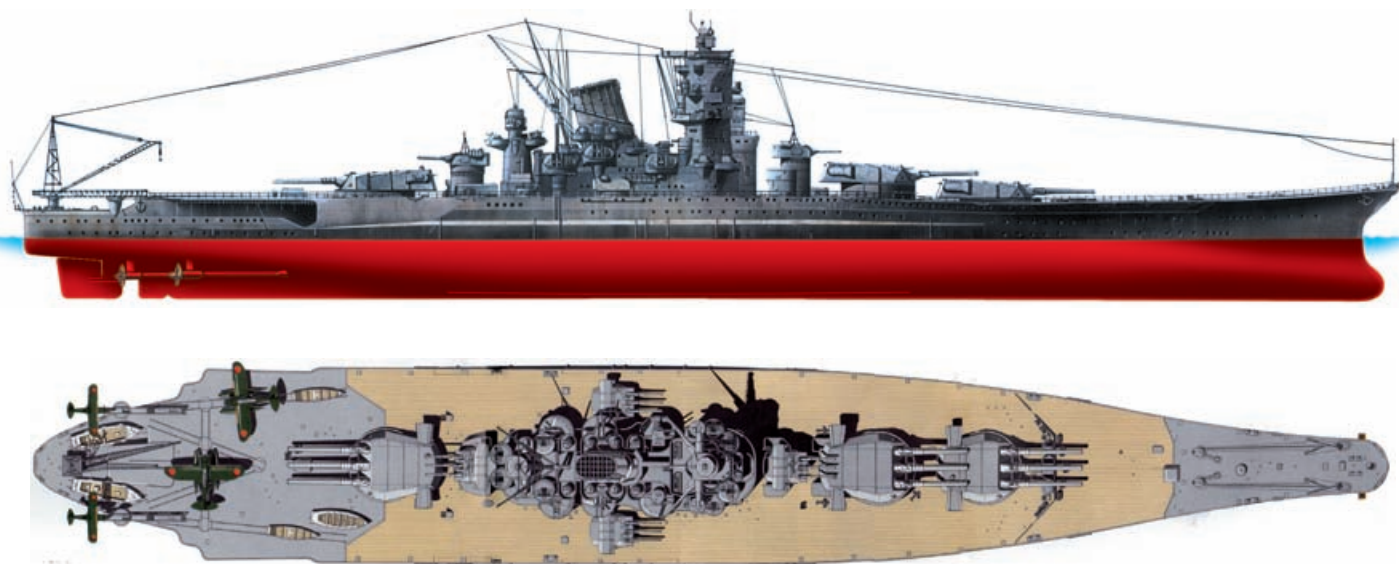
Las hipótesis de conflicto que analizaba el Japón de entreguerras se hallaban divididas entre la sustentada por el Ejército Imperial, que preveía junto con la expansión territorial en Corea y Manchuria un muy posible frente de conflicto con una Rusia soviética que se industrializaba aceleradamente, y la de la Marina imperial que preveía un muy posible conflicto con Estados Unidos por el predominio en el Pacífico.

No es este el lugar para analizar las causas que finalmente llevaron a que prevaleciera la opinión del mando naval pero, cuando ello ocurrió, esta fuerza se vio enfrentada al desafío de vencer rápidamente a su posible adversario antes de que el mismo se hallase en condiciones de movilizar sus ingentes recursos.

Las fuerzas navales del Japón y de los Estados Unidos previeron desde 1930, o aún antes, que la hegemonía por el control del Océano Pacífico los llevaría en algún momento a un conflicto armado, y ambos habían anticipado que en algún momento y en algún lugar se entablaría una batalla naval de proporciones tales que su resultado sellaría el destino del vencido.

La Armada Imperial había previsto en el año de 1935 los pasos que deberían cumplirse antes de llegar al encuentro decisivo. Para ello, se debería llegar a una disminución gradual del poderío naval norteamericano luego de sucesivos ataques por parte de las unidades submarinas, el bombardeo aéreo de los barcos de superficie desde bases en las islas del Pacífico y masivos ataques con destructores.





Para poder llegar al objetivo buscado, el gobierno y la marina japonesa decidieron destinar sus esfuerzos y sus limitados recursos en la construcción no de un gran número de unidades sino en algunos pocos navíos poderosos destinados a ser el núcleo de su poderío naval.

En mayo de 1935, nacieron de los tableros de diseño japoneses los súper acorazados clase I J N -*Yamato* y su gemelo el *Misashi*, pensados, construidos y destinados para ser los más grandes buques de guerra de la historia naval y poder enfrentarse a cualquier acorazado enemigo. Dos navíos más de este tipo fueron también construidos al unísono: el I J N-*Shinamo*, que luego sería convertido en portaaviones, y otro al que la falta de materias primas obligó a interrumpir su construcción.

Según los diseños aprobados por los mandos navales, los barcos deberían tener un largo de 840m, cada uno debería montar piezas de artillería de mayor calibre que la de cualquiera de sus contemporáneos, deberían ser capaces de desarrollar velocidades de 27 nudos, y cargados totalmente alcanzarían un peso de 69.778 tn, que era exactamente el doble de peso de los acorazados que revistaban en la marina norteamericana.

La construcción del *Yamato* y del *Musshi* llevó de 1937 a 1941, y se efectuó en el arsenal y astillero naval de Kure.

Los gigantescos navíos comenzaron su construcción en el mayor de los secretos, y aproximadamente un cuarto de la superficie del astillero fue techado para ocultar al *Yamato* de la observación aérea mientras que, para enmascarar a su gemelo, se confeccionaron redes y cortinas cuya construcción produjo una marcada escasez de sogas en la flota pesquera japonesa.

El gigantesco tamaño de los superacorazados demandó como paso previo una importante ampliación de la superficie del astillero y un refuerzo de todas sus estructuras para soportar el peso de los buques.

También se construyó un barco utilitario de 13.000 tn, capaz de transportar las tres torretas y los cañones que ellas albergarían, siendo el peso de cada uno de los cañones de 165 tn, y el de cada torreta de 2774 tn, mayor que el de los destructores de su época.

Los superacorazados poseían un blindaje de acero Ducol, y sus planchas se hallaban unidas por seis millones de gruesos remaches. En su cubierta tenían un espesor de 198 mm y de 409 mm a lo largo de sus flancos. En el fondo del barco, por debajo de los

polvorines, el blindaje era de 80 mm, característica única en su época. La cintura acorazada de los superacorazados protegía 140 m de eslora, y se diseñó inclinada hacia la quilla 25° y llegaba hasta 5 m desde la línea de flotación, un mamparo de 180 mm de espesor caía desde el borde inferior de la cintura hasta la quilla, cerrando así la comba antitorpedos que tenía 130 m de longitud, 12 m en el combés y 6 m de ancho. También una plancha de acero de 380 mm de espesor blindaba el conducto de la chimenea, y se hallaba perforada por orificios de 20 mm para permitir la salida del humo y, como protección auxiliar, un vaseto blindado protegía la barra del timón.

En el interior se encontraban un total de 1400 compartimientos estancos a lo largo de su casco con el objetivo de lograr la mayor defensa frente al impacto de torpedos.

El blindaje de los buques fue diseñado para soportar impactos de proyectiles de 457 mm, y el frente de las torretas para hacerlas invulnerables a los de 599 mm.

Las cubiertas, supuestamente, eran capaces de resistir bombas de 1.000 kg de peso arrojadas desde 3000 m de altura.

Cada una de las tres torretas albergaban tres cañones que podían disparar proyectiles de 1470 kg de peso a una distancia de 41.300 m, y las piezas podían elevarse hasta 45° para actuar disparos antiaéreos con la munición adecuada.

Como armamento secundario de defensa antiaérea, los superacorazados estaban armados con seis piezas de 135 mm, veinticuatro de 127 mm, y ciento cincuenta de 25 mm.

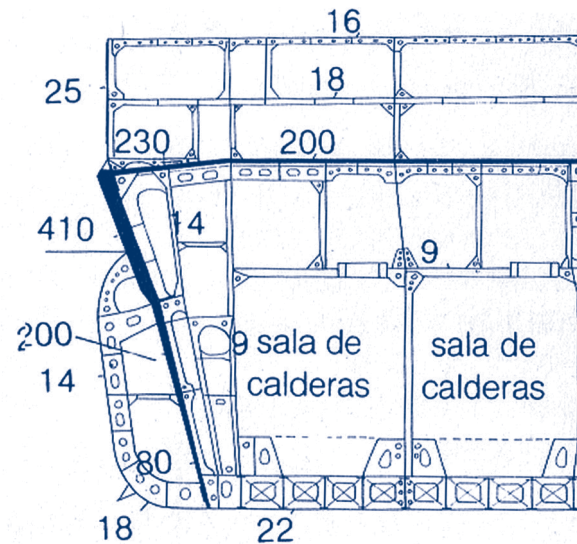
En las salas de máquinas se optó por la propulsión a vapor en lugar de la más eficiente pero menos confiable que la producida por los motores diesel, cuyo eventual reemplazo resultaría imposible dado el grosor del blindaje. Poseían doce calderas y cuatro turborreductores con una potencia de 150.000 hp. Cuatro hélices le daban propulsión y dos quillas de balance de 75 m de longitud completaban el casco.

El Almirante Yamamoto hizo del *Yamato* su buque insignia y, si bien asistió a las batallas de Midway y de Gualcanal, fue mantenido en la retaguardia para preservarlo. Durante el año 1943, permaneció inactivo en la base naval de Turk, donde fue atacado y alcanzado por un torpedo que le ocasionó daños que lo mantuvieron en reparaciones hasta abril de 1944.

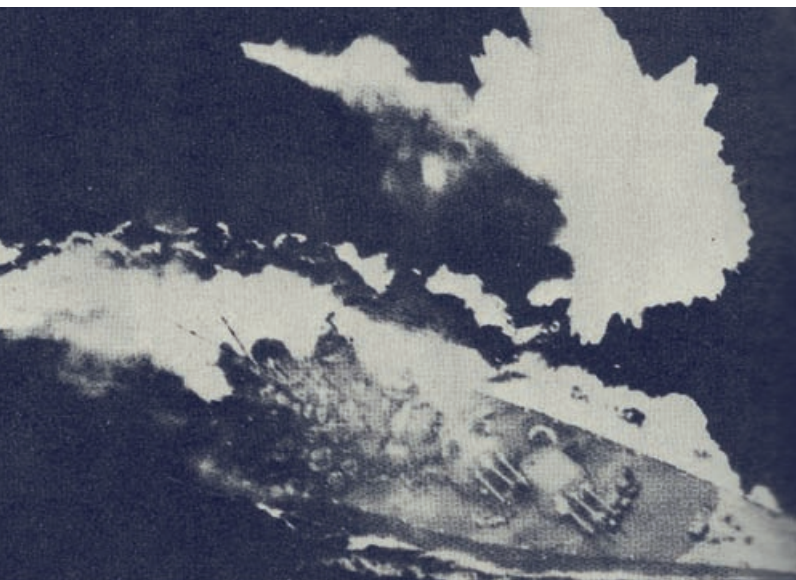
Al desarrollarse la batalla del golfo de Leyte, en octubre de ese año, el *Yamato* y el *Musashi* formaron parte de la flota Japonesa al mando del Vicealmirante Takeo Kurita. En el transcurso de este combate, la más grande batalla naval de la historia, el segundo de los súper acorazados fue hundido luego de recibir 17 impactos de bombas y ser torpedeado 20 veces, y sin haber llegado nunca a disparar sobre la flota adversaria. El *Yamato*, que sí actuó durante el combate, fue alcanzado por dos bombas que no le produjeron daños.

Para la primavera del año 1945, la situación del Japón era desesperada: agotadas sus reservas de materias primas, enfrentado a una superioridad de medios abrumadora y con sus ciudades bajo el efecto de intensos bombardeos, se había visto obligado a recurrir a la realización de ataques suicidas para retrasar un fin a todas luces predecible. La totalidad de la fuerza aérea japonesa así como ciertas unidades de la Marina Imperial habían desarrollado y llevado a cabo numerosas misiones “kamikaze”.

El *Yamato* era el único de los superacorazados que sobrevivía, dado que el *Shinano* había



Semisección transversal con espesores de blindaje.



Ya en llamas, recibe un impacto de bomba.

sido hundido, durante su viaje inaugural, por un submarino norteamericano.

El 5 de abril de 1945, el Vice Almirante Ryunosuke Kosaka emitió una orden al Vicealmirante Seuchi Ito, comandante del último de los gigantes, que expresaba:

*“La Segunda Flota deberá atacar al enemigo anclado en Kodena, en la isla de Okinawa al amanecer del día 8 de abril cargando combustible necesario solo para un viaje en una sola dirección. Esta es una operación de ataque especial”.*

La orden distó mucho de ser bien recibida por parte de los jefes navales que escoltarían al *Yamato* en su ataque, argumentando vivamente en contra de una orden que sacrificaba

inútilmente a la mayor unidad restante de la flota y que, privada de toda cobertura aérea, no podría llegar nunca hasta Okinawa; expresaron que el destino más indicado para el *Yamato* debía ser el de servir como batería flotante frente a la esperada invasión al territorio metropolitano japonés.

El Vicealmirante Kosaka defendió la orden emitida explicando que el sacrificio del superacorazado y de sus escoltas no sería en vano, dado que, aún no llegando hasta Okinawa, su sola presencia arrastraría hacia él toda la fuerza aérea enemiga que protegía a la flota invasora, la cual sería entonces vulnerable a los ataques suicidas que desencadenarían aviones provenientes de Kyusyu. Así mismo, Kusaka hizo hincapié en el escaso historial bélico de la nave, expresando:

*“...toda la nación odiará a la marina si la guerra finalizara con el Yamato intacto...”.*

A continuación, aquel en quien recaía la misión de dirigir el ataque suicida, el Vice Almirante Ito, expresó finalmente:

*“Se nos ha dado una apropiada oportunidad de morir”.*

Así, respondiendo a las críticas del Ejército Imperial con una mezcla de desesperación y orgullo, el gran barco se preparó a partir.

Los cadetes a bordo de los barcos y aquellos con limitaciones en la salud fueron obligados, contra su voluntad, a desembarcar.

El 6 de abril a las 15 hs, la Segunda Flota japonesa, compuesta por el *Yamato*, un crucero liviano y ocho destructores, zarpó en busca del enemigo.

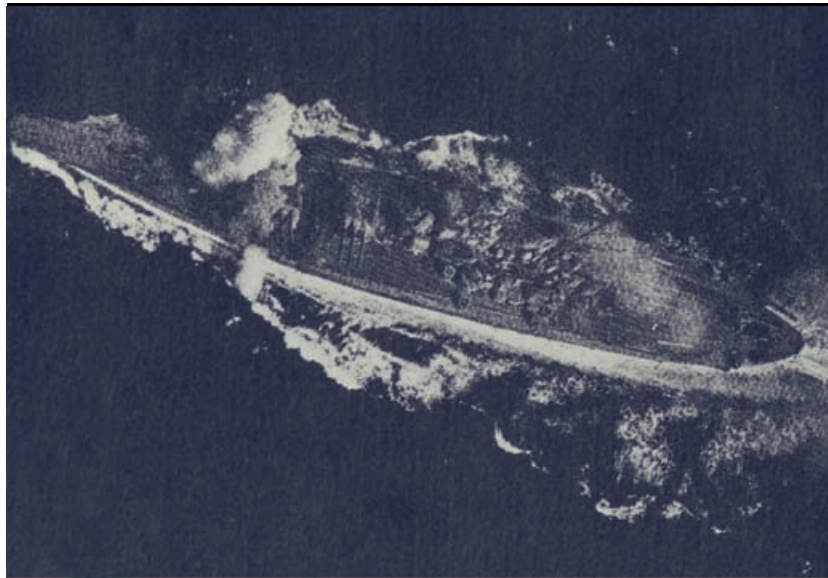
Su salida fue detectada por dos aviones de observación B-29, que la mantuvieron bajo constante vigilancia.

La cobertura aérea a cargo de dos hidroaviones japoneses comunicó a la flota la presencia de submarinos enemigos en el canal Bungo-Suido, ubicado entre el Mar Interior y las Filipinas, por lo que los navíos de Ito comenzaron a navegar en zig-zag a 22 nudos. Al salir la flota del canal, los medios de observación de los marinos japoneses confirmaron la presencia de submarinos adversarios, los que, a pesar de la velocidad del *Yamato*, lograron mantenerlo bajo estrecha vigilancia.

La flota imperial que navegaba entre fuertes lloviznas adoptó una formación circular alrededor del supereacorazado para brindarle así una mayor protección antiaérea.

El Almirante Marc A. Mistcher, advertido de la salida destino y composición del adversario, desplegó una fuerza de ocho portaaviones con sus barcos auxiliares para hacer frente a la amenaza que la flota japonesa representaba para las fuerzas navales y terrestres que luchaban en Okinawa y, a pesar de su abrumadora superioridad, no dejó de alertar a los acorazados y cruceros que protegían la flota invasora por el temor a que el súper acorazado pudiese llegar hasta ellos.

Minutos antes de las 12 hs, el *Yamato* recibió por escasos minutos la protección de 10 cazas japoneses en una acción meramente simbólica.



Hundimiento del *Yamato*.  
7 de abril de 1945.

A las 12 hs, la flota japonesa recibió confirmación de la aproximación de aviones enemigos y procedió a hacer despegar a sus hidroaviones de observación que, por su pobre armamento, resultaban inútiles para el combate que se avecinaba.

El radar del *Yamato* registró a las 12,20 hs ecos característicos de aviones aproximándose; si bien sus características técnicas llevaron a la flota a acelerar su velocidad, 12 minutos más tarde, doscientos aparatos enemigos comenzaban el ataque.

Los cazabombarderos Hellcats y Corsarios que se abalanzaban sobre los barcos japoneses estaban armados cada uno con tres bombas de 227 kg.

A su vez, los Helldivers que los acompañaban llevaban una bomba de 454 kg y dos de 113 kg. A esta ola de atacantes que buscaban eliminar las defensas aéreas de los navíos, la seguían un grupo de aviones torpederos Avenger que aguardaban la oportunidad de sumarse al ataque.

La defensa antiaérea del súper acorazado, aunque poderosa, resultó poco eficaz por deficiencias del radar y la presencia de nubes bajas que limitaban la visibilidad a 1500 m.

El *Yamato* fue el primero en ser alcanzado a las 12.40 hs, explotando junto a una de las torretas anteriores ocasionándole importantes daños y gran número de bajas entre el personal de la defensa antiaérea; pocos minutos más tarde, un torpedo hizo blanco en su proa produciendo importantes daños.

El crucero liviano fue alcanzado a las 12.45 hs por dos bombas: una en la parte anterior y otra en la posterior, y casi simultáneamente fue blanco de un torpedo cuya detonación lo inmovilizó totalmente, y con incendios a bordo fue un blanco fácil siendo alcanzado por más de diez bombas y seis torpedos. Al retirarse la primera oleada atacante, el navío era una ruina en llamas y comenzaban a hundirse así también dos de los destructores.

El *Yamato* escoltado por dos destructores fue atacado nuevamente a las 12.50 hs, recibiendo dos torpedos en sus flancos que dañaron el sistema de comunicaciones del barco.

Sometido a constantes ataques, fue alcanzado por tres torpedos por su banda de babor, y comenzó a escorar casi hasta los 30° sin poder ser corregido a pesar de la orden impartida

de cerrar los compartimientos estancos, maniobra que ocasionó la muerte de gran número del personal de las cubiertas inferiores.

El gigante escorado y con sus timones trabados se desplazaba en un lento círculo impulsado sólo por dos de sus hélices, y con una escora a babor de unos 35°.

A las 13.20 hs, sufrió el impacto de cinco torpedos por su banda de estribor que era, para entonces, la parte más expuesta del navío. La tripulación recibió la orden de abandonar el barco permaneciendo en él el Vicealmirante Ito y el Almirante Ariga, quienes decidieron compartir el destino final del barco que les había sido confiado. Luego de ser sacudido por grandes explosiones internas, el *Yamato* se hundió en las aguas del Pacífico luego de haber recibido entre once y quince impactos de torpedos y haber sido blanco de siete bombas.

De los 2700 miembros de la tripulación, solo se salvaron 300. La flota japonesa había sufrido la pérdida, además del *Yamato*, de un crucero liviano y de cuatro destructores, retirándose los demás hacia Sasebo con daños de diferente magnitud.

La flota americana experimentó, por su parte, un total de diez aviones derribados de los 386 que intervinieron en el combate.

Había así finalizado la llamada batalla de Bonomisabi, que resultó ser la última de la Guerra del Pacífico y significó el fin de la otrora orgullosa Marina Imperial japonesa, así como el fin de los grandes acorazados a manos de los nuevos amos del mar: los portaaviones.

El ataque aéreo masivo planificado, junto con el del *Yamato* sobre la flota norteamericana en Okinawa, se llevó a cabo por motivos operacionales, no alcanzó, no tuvo envergadura ni la coordinación esperada. A pesar de ello, el portaaviones *Hanchak* fue severamente dañado así como el acorazado *Maryland* junto con otros tres navíos.

La acción suicida arrojó para el Japón la pérdida de cien aviones que ya no podría reemplazar.

La última y desesperada misión del superacorazado *Yamato* convenció al gobierno de los Estados Unidos de que el Imperio del Japón no se rendiría a corto plazo a pesar de las penurias y el hambre a que estaba sometida la población japonesa y al agotamiento de sus fuerzas armadas.

La última gran batalla sería un jalón más en el camino que llevaría a Hiroshima y Nagasaki.